



## LA RENEGADA DE VALLADOLID.

*Relacion de una mujer natural de Valladolid, que siendo cautiva negó la ley de Ntro. Sr., y se casó con un moro, donde estuvo 26 años, y como cautiva-ron á un clérigo hermano suyo, el cual lo sirvió tres años de esclava sin co-nocerse: al cabo se conocieron por ciertas preguntas; el arrepentimiento de la renegada, y como fueron á Roma á reconciliarse con el Padre Santo*

### PRIMERA PARTE.

En Valladolid vivia una dama muy hermosa, y su padre la tenia bien ataviada y honrosa. Esta tenia un hermano en gramática sapiente, aunque jóven, buen cristiano siervo del Omnipotente. A Valladolid llegó de paso para Turquía, un capitan que eligió, nuestro Rey para Bujía. El capitan se hospedó enfrente de la doncella, y al instante que la vió se encendió en amores de ella. El capitan la enviaba muchos billetes y cosas, y tambien la presentaba ropas, y joyas preciosas. La doncella le rogaba que en tal cosa no pensase,

y mucho le suplicó que la puerta no rondase. Que es doncella muy honrada, de buena línea y parientes, que seria murmurada, y afrenta la de las gentes. El capitan encendido con tan hermosa doncella, prometió ser su marido y de casarse con ella. La doncella consintió, con tal que con ella case: una noche la sacó, sin que nadie lo pensase. A Bujía la llevó gozandø de su hermosura; mas presto los derribó la fortuna sin ventura. Y es que los moros entraron en Bujía con presteza, y entre los presos hallaron esta dama de lindeza.

Y como el Bajá la vió  
 hermosa y compuesta,  
 para sí la reservó  
 como la vió tan honesta.  
 Metióla luego en el mar  
 y á su tierra la llevó  
 y antes de desembarcar  
 de amores la requirió.  
 Y no la pudo vencer  
 por mas que la importunaba,  
 diciendo: no me has de ofender  
 aunque yo sea tu esclava.  
 Basta mi terrible pena  
 y larguísima prision  
 sujeta á vuestra cadena  
 y ausente de mi nación.  
 El moro la regalaba  
 dándole buenas comidas,  
 y de amores la trataba  
 con palabras muy sentidas.  
 Dijo un dia que negase  
 á Cristo Santo, Agnus Dei,  
 y que con él se casase,  
 pues era buena su ley.  
 Que mas vale que reciba  
 la religion mahometana,  
 que no verse así cautiva  
 y sujeta en tierra estraña.  
 Con juventud y riqueza  
 renegó de aquel tesoro  
 de Jesus suprema Alteza,  
 y se casó con el moro.  
 Veinte y seis años estuvo  
 metida en la mala sécta;  
 del moro dos hijos hubo,  
 como infernal mahometana.  
 Estaba tan apartada  
 de Cristo y de sus tesoros,  
 como si fuera engendada  
 y nacida en tierra de moros.  
 Como el Señor Soberano  
 se puso en la cruz por todos,  
 un sacerdote, su hermano,  
 le envió por ciertos modos.  
 Y es que el clérigo venia  
 de Roma de negociar  
 con otros en compañía,  
 y se puso á navegar.  
 Diez galeras le salieron  
 de moros, por buena cuenta,

el navío les rindieron  
 y cautivaron noventa.  
 El clérigo fué llevado  
 de la fuerza á Modon  
 y fué puesto en el mercado,  
 donde se vendió á pregon.  
 El marido de su hermana  
 que era su cuñado el moro,  
 le compró aquella mañana  
 y pagó cien cequíes de oro.  
 El moro no conoció  
 el esclavo que compraba,  
 y á su mujer lo llevó  
 sin saber lo que llevaba.  
 Habiendo Jesus juntado  
 los dos que bien se querian,  
 hartas veces se han hablado,  
 pero no se conocian,  
 ni ella conoció á él,  
 ni él tampoco á su hermana;  
 dábale vida cruel  
 como propia renegada.  
 Tres años y algunos dias  
 sirvió el clérigo á su hermana,  
 hasta que el sacro Mesías  
 les abrió la senda llana.  
 Y es que el clérigo con celo,  
 á la Virgen cada dia  
 le rezaba por consuelo  
 su rosario en alegría.  
 Todas las noches estaba  
 tres horas justas, cabales,  
 y con devocion rezaba  
 los salmos penitenciales.  
 Una noche le acechaba  
 la hermana por ver qué hacia,  
 y reparó como oraba  
 á la gloriosa María.  
 Con entrañable deseo  
 le dice: ¿de dõnde eres?  
 responde, no estés turbado.  
 ¿tienes en tu tierra haberes?  
 que si lo tienes y quieres  
 bien puedes ser rescatado.  
 ¿Eres casado, mezquino?  
 ¿tienes hijo ó mujer?  
 Respondió: con Dios divino  
 soy desposado indigno,  
 y en él pongo mi querer,  
 y la sagrada María

es mi esposa y abogada.  
 La renegada decia  
 poniéndose incomodada,  
 quítate de esa porfia,  
 que tu ley no vale nada.  
 El buen clérigo calló,  
 y otra vez le preguntaba,  
 que cual oficio aprendió,  
 y de donde era; de España  
 respondia muy puntual  
 no con placer ni con risa;  
 es mi oficio celestial,  
 soy sacerdote de misa,  
 cada vez que misa digo  
 se baja Dios á mis manos;  
 es el sustento y abrigo  
 de los leales cristianos.  
 Díjole: ese es tu oficio  
 en tu tierra es muy tenido,  
 oficio que quita vicio  
 de oficios el mas subido.  
 Razon tienes de alabarlo  
 y tambien sabrás ahora  
 que no volverás á usarlo  
 si no hay quien te socorra.  
 ¿En qué villa ó qué lugar,  
 ó en qué tierra te has criado?  
 no me niegues la verdad.  
 Respondió con humildad:  
 déjame, ¡triste de mí!  
 con mi pena y mi prision  
 que no sé donde nací,  
 déjame por el Señor.  
 No me lo quieras negar;  
 dílo ahora por mi amor,  
 que aunque me ves aquí ahora  
 cautiva en Valladolid  
 he sido rica señora.  
 Y como el clérigo oyó  
 su buena tierra nombrar  
 las sus megillas regó  
 y principia á suspirar  
 diciendo: has redoblado  
 mi dolor grave y crecido  
 que la tierra que has nombrado  
 es do fui criado y nacido.  
 Comencé á consolarle  
 y aplicar su llanto y lid  
 y preguntarle en que calle  
 vivia en Valladolid.

Respondió con gran dolor,  
 con afliccion y zozobra:  
 vive mi padre y señor  
 en la calle de la Obra.  
 ¿Conoces á los Rosales  
 gente rica y principal?  
 Dijo, ya doblas mis males:  
 esos son mis tios carnales,  
 y no saben de mi mal.  
 La renegada que oyó  
 las buenas señas que daba,  
 al hermano conoció,  
 y aun lo disimuló,  
 el corazon lo lloraba.  
 No hay contento que le cuadre  
 mas que ver su buen hermano,  
 y dijole; dí, ¿tu padre  
 como se llama, y tu madre  
 y tu nombre dime llano?  
 Llámase Juan de Acebedo  
 el mi buen padre y señor,  
 y mi madre Leonor,  
 por apellido Salcedo;  
 y yo me llamo Melchor.  
 Una hermana has de tener  
 harto galana y hermosa,  
 di, Melchor, ¿qué se fué hacer?  
 ¿es casada ó religiosa?  
 El clérigo respondió  
 diciendo: fuése perdida;  
 no sabe quien la llevó  
 ni á que provincia fué ida.  
 La hermana se desmayó  
 recordando su maldad,  
 pero el hermano creyó  
 fuese alguna enfermedad.  
 El moro no estaba allí,  
 que con sus hijos fué á caza  
 y vuelta ella en sí  
 á su buen hermano abraza,  
 y suspirando decia:  
 abraza á la desdichada  
 Agueda de Acebedo,  
 la perdida y desastrada;  
 yo soy tu hermana, que estaba  
 para monja religiosa:  
 ¡oh buen Jesus! tú me labas  
 que estoy de cieno lodosa:  
 mi Dios, dame tu concordia,  
 acógeme á tu rebaño:

mas es tu misericordia  
 que mi pestifero daño.  
 Veinte y seis años cabales  
 ¡oh mi Dios! que te negué,  
 y los bienes temporales  
 á mi alma encenagué.  
 Las ropas de terciopelo,  
 y de muy fino damasco,  
 les arrastra por el suelo:  
 y al mundo le pone asco.  
 La obeja que era perdida  
 ya se vuelve al buen Pastor;  
 la duele la gran caída  
 y la ofensa del Señor.  
 Decia: Rey eternal,  
 yo te bendigo y alabo,  
 que por restaurar mi mal  
 mi propio hermano me envias:  
 y fué para que entendiese  
 mi alma iba perdida,  
 y á tí, mi Dios, me volviese  
 á gustar tu pan de vida.  
 El clérigo como vió  
 que era su hermana carnal,  
 á Dios muchas gracias dió,  
 y de rodillas se hincó  
 diciendo: Dios eternal;  
 pues tomaste carne humana,  
 por todos los pecadores,  
 señor, perdon á mi hermana.  
 Así mismo confortaba  
 á su hermana y la reñía  
 que con un canto se daba,  
 el pecho se lastimaba,  
 y de sí no se dolía.  
 Llorando decia: ¿dónde  
 iré á publicar mis pecados?  
 Mi buen Jesus, perdóname  
 mis grandes yerros pasados.  
 Mi ánima pecadora,  
 presento, Dios, en tus manos,  
 y la Virgen mi Señora,  
 esa mi guarda y guiadora.  
 Decidme, Virgen María;  
 ¿Cuándo cobraré el salario  
 que antes ganar yo solía  
 rezando vuestro rosario?  
 El dia que yo rezaba  
 ganaba por mil tesoros,  
 mi alma se consolaba,

y ahora la tengo esclava,  
 cautiva en tierra de moros.  
 Quiso Dios que fué elegido,  
 muy lejos de aquella tierra,  
 por capitan su marido,  
 para ir á cierta guerra;  
 sus hijos llevó consigo,  
 que era ya de buena edad.  
 Permitió su Magestad  
 que un hijo de mercader  
 que estaba en cautividad,  
 viniéronle á rescatar,  
 y la dueña tuvo modo  
 para poderle hablar,  
 y dióle para sacar  
 pasaporte para todos.  
 Los cuatro juntos se fueron  
 hasta la ciudad de Roma,  
 y perseguidos no fueron  
 de la gente de Mahoma.  
 Estando en Roma decia  
 ante el Papa y humillada:  
 ¡Oh Padre espiritual,  
 sáneme que estoy dañada!  
 Pues que estoy á tu presencia:  
 óyeme, Pastor sagrado  
 y dadme la penitencia  
 conforme á mi gran pecado.  
 Que si Dios me castigara,  
 conforme á mi gran error,  
 no es nada aunque me quemase  
 en vivas llamas de ardor.  
 La dama se confesó  
 y arrepentida de veras,  
 el Redentor la libró  
 de las infernales penas.  
 Plegue á Jesucristo, hermanos,  
 que lavemos la conciencia,  
 sirviendo como cristianos  
 á la suma Omnipotencia.  
 Y aquí el poeta humillado,  
 en la otra parte promete,  
 con el auxilio divino  
 decir el fin penitente  
 de esta inclita matrona,  
 de Valladolid descendiente:  
 y de sus amados hijos,  
 convertidos ciertamente  
 á nuestra religion santa,  
 por sus lágrimas prudentes.

## SEGUNDA PARTE.

*Dáse cuenta de la santa penitencia que hizo la renegada, y como convirtió á dos hijos sin conocer estos á su madre.*

Dios Padre Rey Sempiterno,  
 sea quien siempre me ampare,  
 Dios Hijo me dé gobierno,  
 y el Santo Espíritu Eterno  
 ponga luz donde faltare.  
 Quien la paz y vencimiento  
 hizo al mundo por victoria,  
 aviven mi entendimiento,  
 mi lengua, gracia y alimento,  
 mi pluma y mi memoria,  
 con su ayuda singular  
 estaré seguro y cierto  
 que podré bien navegar,  
 y con seguridad entrar  
 por la barra estrecho al puerto.  
 Tiempo es ya que nos quitemos  
 del vicio malo y pendiente  
 pues con vicios nos perdemos,  
 y nuevo ejemplo tenemos  
 de una mujer penitente.  
 En Valladolid nacida  
 fué esta bienaventurada,  
 y por enmendar su vida  
 es de Jesucristo amada.  
 Vereis que por la riqueza  
 y vicios, negó al Señor,  
 y con cuanta fortaleza  
 torna á buscar su Pastor.  
 Vereis á la que vestía  
 sedas de finos colores  
 y en rica cama dormía  
 de suavísimos olores;  
 como recuerda del sueño  
 y procura nueva luz,  
 buscar su perfecto dueño  
 que murió por ella en cruz,  
 Vereis como el mundo olvida,  
 hijos, maridos y hacienda,  
 y buscando el pan de vida,  
 con propósito de enmienda.  
 Vereis quien sirvió á Mahoma  
 veinte y seis años cabales  
 que se viene para Roma

por penitenciar sus males.  
 Vereis quien vivido había  
 tantos años al revés,  
 como descalza venía  
 corriendo sangre los pies.  
 Vereis quien se regalaba  
 con buenas conservas finas,  
 que con yerbas se pasaba  
 y con las duras espinas.  
 Vereis que como se vió  
 en Roma puerto seguro,  
 la tierra santa besó  
 con estrañable amor puro.  
 Y como en San Pedro entrara  
 gimiendo su gran error,  
 que de vergüenza no osaba  
 mirar al altar mayor.  
 Su boca en tierra pegó,  
 y suspirando entre sí,  
 á Jesus perdon pidió  
 sin levantarse de allí.  
 Por la fiesta celebrada  
 de María Magdalena  
 fué del Papa perdonada  
 esta mujer santa y buena.  
 Y despues de recibir  
 á Jesus Rey soberano,  
 se fué luego á despedir  
 del sacerdote su hermano;  
 dijo la hermana prudente,  
 yo ruego á mi Dios hermano,  
 que me limpie en la fuente,  
 que dá salud al cristiano.  
 Los dias que trasladados  
 me dió por su gran clemencia  
 quiero que sean gastados  
 en ayuno y penitencia.  
 Es menester prontamente  
 arrojar de mí la carga  
 pues esta vida presente  
 es breve y la otra larga.  
 El sacerdote sentía  
 con grande pena y pesar.

que su hermana no quería  
 volver al país natal.  
 Pues sabes tú que es famoso  
 Valladolid, y cumplida;  
 de todo bien abundosa,  
 es sobre toda escogida,  
 Ella dijo, no se aplaca  
 con el deleite mi pena,  
 sin gustar de la triaca  
 con que sanó Magdalena.  
 Mi intento es habitar  
 por el áspero desierto,  
 y este mi cuerpo purgar  
 el mal que tiene encubierto.  
 Al tiempo de despedirse  
 vieras la lamentacion,  
 al abrazarse y decirse  
 palabras de exclamacion.  
 El clérigo procuró  
 luego bagel en el puerto,  
 y la hermana se partió  
 hácia el árido desierto.  
 Veinte y una legua fué  
 de Roma al monte Arsiano:  
 do padeció hambre y sed  
 por Jesus Rey Soberano.  
 Por la mayor espesura  
 inhabitable se entró  
 por do humana criatura  
 jamás pasó ni habitó.  
 El vestido se quitaba,  
 que se le hacia enfadoso,  
 tanto que no cobijaba  
 mas del lugar vergonzoso.  
 Este vestido tenia  
 guardado en cierto lugar  
 y solo se lo ponía  
 cuando iba á comulgar.  
 Su cuerpo continuo andaba  
 sujeto al frio y al viento,  
 y con yervas se pasaba  
 sin tener otro sustento.  
 En las rodillas tenia  
 callos de tanto orar,  
 y las espaldas traía  
 abierta de se azotar:  
 los ojos tenia hundidos,  
 sus labios muy desacados,  
 y los pies antes pulidos,  
 abiertos y ensangrentados.

La Semana Santa entraba  
 en Roma con humildad,  
 y sus vestidos llevaba  
 solo por la honestidad,  
 Luego al desierto tornaba  
 toda desecha en sollozos,  
 y sin cesar recordaba  
 los hijos que dejó moros.  
 Que como vió que quedaron  
 mozos sin entendimiento  
 ni Fé que no alcanzaron  
 tenia mucho tormento.  
 Y puesta ambas sus manos  
 rogó á Dios en la cruz  
 padeció por los humanos,  
 los convirtiese á su luz.  
 Rindióla el sueño, y oyó:  
 «vé por tus hijos queridos  
 que por Dios que los crió  
 serán muy favorecidos.  
 De enemigos malignos  
 no te verás perseguida,  
 ni allí serás conocida  
 de tus hijos y vecinos.»  
 Cuando el sueño recordó,  
 del desierto se salía,  
 que es donde penitenció,  
 ocho años con porfía.  
 Con lágrimas se despide  
 del desierto do habitaba,  
 pidiéndole á Dios no la olvide,  
 pues á él se encomendaba.  
 Seiscientas leguas anduvo  
 padeciendo hambre y sed,  
 para que sus hijos turcos  
 se inclinasen á la Fé.  
 Como Dios quiso que viera  
 sus dos hijos deseados,  
 llorando entre si dijera:  
 ¡quien os viera bautizados!  
 Como en casa entrar los vió  
 la madre noble y prudente,  
 de limosna les pidió,  
 diciendo humildemente:  
 caballeros, consolad  
 á esta necesitada;  
 así os consuele Alá  
 vuestra madre desdichada.  
 El mayor que lo entendió,  
 le preguntó: ¿y tú viste

algun tiempo ó conociste  
 la madre que nos parió?  
 Ella dijo: bien la ví  
 y os podré dar nuevas de ella;  
 pues mejor la conocí  
 que no vosotros á ella.  
 Los dos hermanos lloraron  
 oyendo su madre nombrar  
 y en su retrete se entraron,  
 donde la hicieron sentar.  
 En medio de ellos tenian  
 la que tanto han deseado  
 pero no la conocian  
 como se ha desemejado.  
 Dijeron con pena triste:  
 la madre que nos parió,  
 ¿cuánto habrá que la viste  
 despues que aquí partió?  
 Dijo: yo la conocí  
 desde que era muy niña,  
 y juntas de Valladolid,  
 salimos en igual día.  
 Cuando vino á Bujía,  
 la servi y acompañé,  
 y cuando ella fué cautiva  
 yo en cautividad entré.  
 Y el día que se casó  
 con Alifach vuestro padre,  
 en las fiestas comí yo  
 al harem de vuestra madre.  
 En los partos de vosotros  
 siempre á llamar me enviaba  
 y aun harta pena me daba  
 los sus dolores penosos.  
 Muchas veces os limpié,  
 porque parida yo estaba,  
 y os prometo por mi fé  
 que mi propia leche os daba.  
 Dicen en llanto bañados;  
 madre, pues que nos parísteis,  
 ¿por qué causa aborrecísteis  
 estos hijos desdichados?  
 si por nuestra ley nos hechas  
 de tu seno madre nuestra,  
 desde ahora la abjuramos,  
 y abrazaremos la vuestra,  
 ¿por qué causa olvidais  
 á quien con dolor parísteis?  
 ¿siquiera no os acordais  
 que en el vientre nos tuvísteis?

Y si quisísteis marcharos  
 por tomar el cristianismo,  
 pudísteis luego llamarnos,  
 porque hiciéramos lo mismo.  
 A once esclavos que venian  
 del campo de trabajar,  
 los dos hermanos decian  
 que se fuesen á cenar.  
 Harto hacia y porfiaba  
 la madre en disimular,  
 tanto que tambien lloraba  
 viendo á sus hijos llorar.  
 Tornáronla á preguntar  
 si de su madre sabia,  
 y ella dijo: os quiero dar  
 mas nuevas de alegría.  
 No esteis tan apasionados,  
 que en sosegando la casa  
 os contaré mis amados,  
 toda la verdad que pasa.  
 Muy buena cena tenian,  
 mas no hay manjar que le cuadre,  
 que solo el deseo tenian,  
 de saber ya de su madre.  
 Como cenar no pudiesen  
 de pena su madre y ellos,  
 mandaron que la hiciese  
 una cama junto á ellos.  
 Como no era acostumbrada  
 dormir en lienzo delgado,  
 no quiso la madre honrada  
 mas de un cabezal doblado.  
 Despues de encomendarse  
 á Dios, que es su primer Padre,  
 á sus hijos fué á dar  
 nuevas de su buena madre,  
 diciendo: no tengais penas  
 ni sintais affligimiento,  
 que vuestra madre está buena,  
 de tanta riqueza llena,  
 que no hay número ni cuento.  
 En Roma la ví muy buena,  
 firme en la divina Fé,  
 que en esta santa cuaresma  
 con ella estuve y hablé  
 no comia ni bebia,  
 sino que siempre lloraba  
 á dos hijos que tenia  
 en Turquía, y los amaba.  
 Con el cruel llanto que hacia

le supliqué os escribiése:  
 y que por cierto tuviese  
 en que la carta os daría.  
 Despues que la desdoblaron  
 y la letra conocieron,  
 muchas veces la besaron;  
 del contento que tuvieron  
 la leen sin cesar  
 y á la mujer la decían  
 de que manera podrian  
 seguros en Roma entrar.  
 Dijo la madre: temed  
 los esclavos que teneis  
 y á otros cuatro comprad  
 que es menester los habreis.  
 Al punto nos partiremos  
 viendo la noche cerrar,  
 y un bergantin hallaremos  
 de estos que van á pescar.  
 El su consejo afirmaron  
 por bueno, secretamente  
 á cuatro esclavos compraron  
 gente moza y diligente.  
 Todos fueron avisados  
 de su bien y libertad,  
 y así una noche cargados  
 marcharon con gravedad.  
 De ocho barcos hallaron,  
 un bergantin escelente,  
 y sin rumor se embarcaron  
 todos veinte prontamente.  
 Tanta ventura tuvieron,  
 que por su buen navegar  
 en treinta y seis dias fueron  
 á Roma á desembarcar;  
 y siendo desembarcados  
 la buena mujer habló  
 diciendo: hijos amados,  
 veis aqui á quien os parió.  
 Abrazadme, veisme aquí,  
 no esteis embelesados,  
 que yo soy la que os parí  
 y con mi leche fuisteis criados.  
 Yo soy quien siempre ha rogado  
 á Dios nuestro Redentor  
 que os pusiese en tal estado  
 de fé que ahora os veo yo.  
 Maravillados estaban

de lo que la madre habló,  
 ambos hijos la miraban  
 si fuese su madre ó no,  
 Hermano, dijo el mayor,  
 si es nuestra madre piadosa  
 en los pechos como yo  
 ha de tener una rosa.  
 Los hijos la descubrieron,  
 y como la rosa hallaron  
 con mucho amor la abrazaron  
 como que la conocieron.  
 Los llantos quiero dejar  
 que entónces se renovaron,  
 y así quiero declarar  
 de cómo se bautizaron.  
 Como el Papa conoció  
 ser firme y bueno su intento,  
 bautismo le concedió  
 con gran placer y contento.  
 Al Papa los pies besaron,  
 y entre él y los prelados  
 de limosna le juntaron  
 mas de veinte mil ducados.  
 En Santa Clara se entró  
 la madre, segun es cierto  
 que de cansada enfermó  
 con lo que pasó al desierto.  
 Queriéndola Dios llevar  
 á su celeste mansion,  
 mandó á sus hijos llamar,  
 y les dió su bendicion.  
 Ellos besaron su mano,  
 con amor los abrazó,  
 y mucho les encargó  
 que fuesen buenos cristianos.  
 Noche propia que nació  
 nuestro Redentor glorioso,  
 su ánima presentó  
 á Jesucristo piadoso.  
 Un olor que confortaba  
 del cuerpo santo salía,  
 y su vida revelaba  
 á quien su confesion oía.  
 De donde habemos sacado  
 esta dolorosa historia,  
 en que ejemplo hemos tomado,  
 y por ella caminemos  
 á la perdurable gloria.